Asperges viii. Setiembre 17 de 1841.

EL CLERIGO MENTOR.

PERIÓDICO LITERARIO, POLÍTICO, RELIGIOSO.

LA ENSEÑANZA DE TUS HIJOS

ES TU PRIMERA OBLIGACION.

—Han pasado mas de quince dias desde que vinimos á la Córte y... —¡Quince dias!; como se pasa sin sentir el tiempo; y parece que llegamos ayer. — Y si volvemos la vista á lo que hemos hecho... — Vamos, señor, que bien mirado no me parece que hemos perdido el tiempo; yo por mi parte á lo menos le aseguro á vd. que no he estado ocioso ni un instante: muchos dias ni lugar me queda para dar una vuelta por ahí; bien que á la verdad siento tan poco el no salir, que ninguna diversion echo menos dentro de casa; es tan agradable el ser

uno útil á los demas, que á mi parecer no hay satisfaccion que se pueda igualar con esta. — Muy pagado estas de tus servicios; y no sé en verdad qué motivos tengas para tanta satisfaccion. — Un escritor público imparcial (como yo, que no me caso con nadie) que corrije los abusos, que marca la senda del bien, que alaba lo bueno, que contribuye cuanto puede á la felicidad general, á la union de todos... — No sé si mirarán todos tus doctrinas bajo el aspecto que tú; pero lo que sabré decirte es, que no deberias ocuparte tanto en estas cosas, abandonando las que son para ti mucho mas obligatorias, y sagradas. *La enseñanza de tus hijos es tu primera obligacion.* — No estoy por eso, Señor, — ¿Que dices, desalmado? ¿Quieres atraer sobre ti la maldicion que con mil desgracias y la muerte cayó sobre Helí, por haber abandonado la enseñanza y la correccion de sus hijos? — No señor, no quiero que caiga sobre mí la maldicion de ese que vd. ha dicho: cuando vivia ese Alí, ó Alí ó como se llama, los padres cuidarian mucho de enseñar á sus hijos y mas con esas lecciones; pero en el dia ya se va desengañando la gente; y nadie quiere gastar tiempo y dinero en lo que no ha de servir de nada: yo veo que cuanto mas tontos son algunos, mas fortuna tienen, y yo lo que quiero es, que mis hijos sean felices, aunque no sepan una jota.

— No niego yo que cuando las pasiones de amistad ó de interes dominan á la razon y la justicia, con preferidos á los sabios los ignorantes:

he visto por desgracia muchos ejemplos, y algunos harto recientes en verdad. El mérito se pospone muchas veces al favor; y para obtener v. g. una fiscalía en la primera Audiencia del reino, vale mas ser pariente de algun Ministro, que el haber encanecido en la legislatura. —Si señor y para lograr un Curato de las órdenes militares, no impide el que se hayan dicho sendos disparates y hasta herejias en la oposicion. —Mas estos ejemplares aislados no dispensan á los padres de la obligacion de educar bien y á tiempo á sus hijos, procurando desde un principio enderezar su enseñanza á utilidad propia y á la de sus semejantes. No tratamos hoy de las ciencias sublimes, ni de sus consecuencias, ni de la recompensa que es debida, pero no dada á los sabios, ocasion tendremos de hacerlo: limitémonos ahora á la enseñanza, qne es peculiar de los padres.

Los niños, desde la edad de tres á cinco años, en que aun no pueden ser confiados al cuidado de los maestros, deben ser dirijidos y educados por sus mismos padres: y sino debe despreciarse ni aun el tiempo de la lactancia, como ya dijimos otro dia, mucho menos deberan mirarse con indiferencia, ó descuido los años subsiguientes á aquella edad.

Los niños al rayar el cuarto ó quinto año de su ecsistencia todo lo admiran, lo estrañan todo y sobre todo les ocurre hacer preguntas. El sol, la luna, las estrellas, los truenos, las lluvias, la nieve, y en una palabra, cuantas cosas nuevas or-

dinarias, ó estraordinarias se presentan á sus ojos, son para ellos otros tantos objetos de admiracion, de curiosidad, ó de asombro. Su inocencia en esta parte nos recuerda lo que debió ser la sociedad misma en su infancia, y el principio del saber y de los conocimientos humanos entonces el hombre se lo debió todo á sí mismo, y sus adelantamientos eran mucho mas lentos y tardíos. El hombre es en una sociedad ilustrada á los cinco años lo que no seria ni á los quince en el estado salvaje, abandonado á sí mismo, y al alcance inerte de sus luces naturales.

En la edad, de que nos ocupamos, gozan generalmente los niños de una fisonomía graciosa, risueña, y atractiva; y las madres, para quienes no hay hijo feo, procuran hacerlos aun mas interesantes, engalanándolos y hermoseándolos con vestidos raros de vistosos y variados coloretes. Oh! si conocieran cuanto daño les hacen con esto, y cuanto retrasan el desarrollo de la parte moral de sus hijos! La atencion, que de otro modo aplicarian estos á la observacion de la naturaleza, la vuelven sobre sí mismos sin ningun provecho, ó por mejor decir con muy notable perjuicio, pues se hacen vanidosos, altaneros, sobervios, y fastidiosos; ya no ven en su derredor sino otros niños, en su juicio, menos hermosos, peor vestidos, mas pobres que ellos; nada mas observan, ni admiran, ni cuidan, ni procuran, ni sueñan sino salir á la calle cada dia con un nuevo colorete para ser la envidia de sus

amigos, y el objeto de mil fingidas caricias.

—Sabe vd. lo que le digo, señor? que los que en mayor edad no tienen mas prurito que el de engalanarse, relimpiarse, relavarse, repeinarse, y remirarse, me parece á mí que tienen tan poco juicio como los niños de cinco años. — Y los que son tan cochinos como tú, me parecen á mí unos filosofos tontos y.... — Pues entre niño y filosofo, aunque sea con la añadidura de tonto, mas quiero parecer filosofo. — Tú serás cualquier cosa. — Mire vd. cuando estabamos en el lugar (voi á lo de la vanidad, que dan los vestidos) cuando en las funciones de San Roque teniamos danza, y me vestía yo de mojigon, me ponia yo tan vanidoso, que se me figuraba que valia diez veces mas que con la sobrepelliz y sotana, y iba yo tan retieso, y me miraban tanto, y decia yo tantas cosas, y me daban..... — Bien: calla, y no vuelvas á interrumpirme.

Los padres como los primeros maestros de sus hijos deben aprovechar y sacar el fruto posible de los primeros vislumbres de racionabilidad, que se notan en los niños; para lo que es preciso que se familiaricen con ellos, que les hablen en su lengua, quiero decir que dejando para mas adelante el cuidado del buen lenguaje, se espresen de una manera clara, é inteligible, valiéndose de ejemplos faciles y triviales. Llamen la atencion hacia los objetos, que aparezcan indiferentes á las criaturas y muevan su curiosidad y deseos de saber las causas de todo por cuantos medios esten á su alcance. El *Nuevo Robinson*, y *las reflec-*

siones sobre la naturaleza son libros, que quisiera yo tuvieran muy estudiados todos los padres de familia, pues son unas lecciones practicas para la primara educacion de sus hijos.

Las primeras lecciones que un padre debe dar á sus hijos, tomadas de la observacion de la misma naturaleza, son las de amor y temor de Dios, sin olvidar su providencia, é inclinándoles mas por amor que por miedo á la observancia de sus mandamientos.

Asi se moralizan insensiblemente los pueblos, y se les hace al mismo tiempo felices, pues no hay felicidad donde falta la virtud; asi tambien se hacen estables los gobiernos apoyados en la piedad y en el amor de los pueblos. *Para que la bendicion del Cielo caiga sobre las naciones es necesario*, dice Dios, *que los padres hagan que sus hijos guarden el camino del Señor, que oigan en juicio, y que observen la justicia: que los enseñen á amar y temer á Dios y á guardar sus mandamientos, ya esten en casa, ó ya paseando, cuando vayan de camino, cuando duerman y cuando se levanten.* David aseguró á su hijo Salomon de parte de Dios, *que el imperio no saldria de su descendencia, mientras guardase los preceptos del Señor.*

La naturaleza sabia en cuanto hace, dió á los padres tierno amor hácia sus hijos, para que criasen é instruyesen cuidadosamente aquellos preciosos depósitos, que se les confian. No es la obra principal darles la vida: lo es mas el hacerlos útiles á la sociedad: la patria tiene un dere-

cho á ecsijir de los padres este cuidado, como dice Quintiliano, dando educacion á sus hijos. Merece bien de la patria el que la da un ciudadano útil para la agricultura, y para tratar los asuntos de paz y guerra: esto lo dijo Juvenal.

No concluiremos este artículo, sin aconsejar á los que tienen á su cargo la educacion doméstica de los niños, que cuiden de hacer que estos pronuncien con claridad y espedicion las palabras, repitiéndoselas una y mil veces, y aun periodos enteros, cuando su memoria se halle en disposicion de retenerlos. El que se propone enseñar á hablar á un pájaro, ó alguna habilidad á cualquier animal feroz, ó doméstico, no se causa de hacer mil y mil pruebas hasta conseguir su objeto; para enseñar á un niño acaso falta la paciencia á la tercera repeticion. De la enseñanza de un animal no resulta por lo comun, ni se busca otro interes, que la admiracion y entretenimiento de bobos: de la enseñanza de la buena pronunciacion en un niño se deben esperar favorables resultados para sus adelantamientos; y la costumbre de hablar sin rozarse ni tartamudear desde un principio no se perderá jamas; asi como tambien será dificil desarraigar los malos hábitos, con que en esta parte se vicie en aquella edad; ! cuantas veces se atribuye á la naturaleza una pronunciacion defectuosa, de que solo tiene culpa la mala ó descuidada educacion!

EL DIRECTOR JUBILADO.

Vamos, Cosca, disponte. — Eso poco á poco señor, segun para lo que sea, porque si cree vd. que mi calma y pachorra llega á tanto grado, que haya de aguantar su sacristan la jugarreta, que en otro tiempo jugó yo no sé que Fraile á no sé que militar, en no se que punto de España... — Hombre, hombre, cuanto no sé! mira que el que te oiga no dejará de quedar enterado. — Pues sino lo sé de otro modo, que hé de decir? — En ese caso escucha para que lo sepas en otra ocasion, y cuidado que lo olvides. El que jugó la jugarreta, como tú dices, fué un Fraile Mercenario, el sujeto á quien se la jugó, fué el Sr. General Liñan, quien entonces se supone que no era mas que un Oficialito, y el punto donde se la jugó, fué Sevilla. — Pero como fue eso, señor? — Nada, el asunto es muy sencillo. El Sr. Liñancito obsequiaba á una madama: para ganarse mejor su afecto, no encontró otro medio mas á propósito que el divertirse á costa de un Fraile, y tan á su satisfaccion lo quiso hacer, que concibio la peregrina idea de aplicarle una docena de las que se suele cantar que aplicaba el bendito S. Juan de Dios. Propuso su plan á la madama y aprobado que fué, dispuesto y preparado todo lo necesario al efecto, se mandó subir al Mercenario, en ocasion, que por la

calle pasaba. Considera tú como se quedaria el bueno del Padre, cuando, despues de aber subido, le intimaron la orden de que se bajara los consabidos. Rogó, suplicó, instó, afeó accion tan indecorosa.

Pero el Sr. Liñan ni por esas; con el despotismo propio de un militar (para que veas si este Señor despotismo es bien antiguo en esta clase) le dijo que no habia otro remedio, que se despachase cuanto antes, porque de lo contrario el asunto seria mas serio. Al ver tal obstinacion, el Religioso empezó á desnudarse; mas cuando Liñancito y la dama se regocijaban con el logro de sus deseos, el Mercenario, sacando de debajo de sus hábitos un par de argumentos convincentes, un par de garantías, de las que los Escritores públicos deberian ir siempre acompañados para castigo de insolentes, intimó á Liñan con valentía que hiciese la oracion en pasiva, y tuvo el gusto de ver que su misma madama, á quien hizo servir de practicante en esta operacion, la hizo tan á las mil maravillas, que le llenó el cuerpo de agua hasta arrojarla por la boca; y ejecutado que fué, mi bueno del Fraile se despidió, dejándolos, como puedes presumir, bien frescos. — —Sabe vd. lo que digo, señor? —Que dices! —Que si en vez de encontrarse el Sr. Diputado Prim con Fr. Gerundio de Campazas y Carabanchel se hubiese topado con este Mercenario, le hubiera ahorrado el trabajo de volverse á sentar de nuevo en los escaños del Congreso, ó librado de algun golpe de

mano airada de contrabandista en el nuevo destino de Comandante del Resguardo que parece se le ha conferido.

—Y de donde sabes tú esa noticia? — Yo la he oido, Señor, á quien, no es menester decirlo, porque como vds. acostumbran aconsejar. se puede decir el pecado, pero el pecador jamas. — No eres tu mal pecador, Cosca, y no como quiera, sino de siete suelas; mira adonde nos has traido con tus preguntas inoportunas.—Ande vd. Señor para eso ahora me dispondré para lo que vd. quiera. — Y tambien para que te hagan la merced del Mercenario? — No Señor, no, para todo menos esto, esa operacion es muy anticonstitucional.—Anda, anda, marrullero, no estas tú mal anticonstitucional: lo que debes hacer ahora es despacharte, vestir y poner curiositos tus hijos, hacer tú lo mismo y avisarme, cuando esteis listos, porque debeis venir todos hoy conmigo. En efecto, no tardó mucho en ejecutarlo, asi es que al poco rato ya nos encontrabamos en la calle.

Bien poco trecho habiamos andado, cuando nos encontramos en la Plaza Mayor, y apenas habiamos entrado en ella, cuando acercándose Cosca á mi oido, me dijo en voz baja: Señor, es esta la plaza de las borricadas? — Barricadas, dirás, majadero. — Bien Señor, barricadas ó como vd. quiera, bien que yo mejor las llamaria lo primero, por lo poco acertados que anduvieron los que las dirigieron, y por el fatal resultado, que tuvieron para la Milicia Nacio-

nal.—Si, hombre, efectivamente que no fue muy satisfactorio.—¡Y diga vd. Señor, el Ayuntamiento tiene determinado hacer otras borricadas? —Porque lo dices, pregunton? — Porque como tiene acinado ahí tanto cascote, tanto ladrillo, tejas, madera y demas, acaso estará prevenido de materiales por si acaso es necesario hacer uso de ellos. —No, hombre, no ves que son los estraidos de aquella obra, que hay en aquel ángulo? —Ah! si, ya lo veo; pero tambien veo que pudieran haberlos puesto fuera de la plaza en lugar mas retirado, donde no incomodase á los transeuntes, ni *disluciese* la hermosa *prespectiva*, que la plaza presenta al que la ve por la vez primera. —No dejaba Cosca de tener razon, y mucho mas lo hubiera dicho, si hubiese sabido, que ademas, los cascotes colocados en la forma que estan, sirven de letrina general, que apesta la plaza, y son el albergue y receptáculo para cometer de noche toda clase de obscenidades, debiendo tambien servir en adelante, si no se quitan, para aliviar los bolsillos de los que de noche pasen inmediatos á ellos. Sin embargo, yo no quise dar calor á las continuas preguntas de mi Sacristan, y para cortar esta conversacion, me contenté con imponerle silencio, y con mandarle que, tomando á sus hijos de la mano, andubiese mas de prisa. Asi lo hizo en efecto y á poco rato nos encontramos en la plazuela de S. Martin.

Habia yo dirigido hácia aquel punto á mi Sacristan y sus hijos con intencion de que viesen

y por sí mismos presenciasen la Escuela Normal Militar, establecida bajo los auspicios del Regente del Reyno, y dirigida con acierto por el incansable y benemérito D. José Mariano Vallejo.

Increible fue la sorpresa que Cosca y sus hijos recibieron al entrar en la iglesia, que fué parroquia de San Martin y al divisar tanto número de soldados reunidos y de tan distintos cuerpos. Mas subió de punto su admiracion, cuando acercándose á las diferentes secciones, en que están distribuidos segun sus adelantamientos, pudieron ver perfectamente el buen órden, y la amabilidad, con que el señor Vallejo los instruia en los conocimientos indispensables á todo hombre constituido en sociedad. Asistian á esta Escuela Normal militar 127 soldados de diversos cuerpos, y todos ellos estaban distribuidos en diferentes clases, todas las cuales estaban ocupadas, ó en las operaciones de la aritmética, ó en la escritura en toda clase de reglas, ó leyendo en la teoría de la lectura, en las obligaciones del soldado y centinela, en los carteles y claves, ó finalmente otros desempeñando el cargo de instructores, y enterándose del método para poderle enseñar.

Si hubiera consultado el gusto de mi Sacristan y de sus niños, sin duda alguna que nos hubiera anochecido en la escuela; pero llamándome á otra parte mis obligaciones, les insinué que ya era tiempo de retirarnos. Asi lo hicimos y no bien estuvimos en la calle, cuando mi Sacristan, segun su innata costumbre de pre-

guntar, me dijo.—Dígame vd., Señor, ¿quien es este caballero, que en tan buenas obras se ejercita?—Este es, le dije, el Sr. D. José Mariano Vallejo.—No es eso, Señor, no pregunto cómo se llama, si no qué es, ó qué destino tiene?—Eso es otra cosa, hombre, este es un Director de Estudios jubilado.

— Jubilado, eh!, con que es decir que ya está desechado, retirado, es decir, es Director de Estudios, que no dirige. — Eso es, puntualmente. Pues señor, si este Director de Estudios no dirije, trabajando incesantemente y dirigiendo la educacion con tanta perfeccion, como hemos visto, en este caso los Directores en propiedad, ó los que actualmente dirigen, deben ser la *quinta esencia* de la Direccion, unos hombres sapientísimos, — Asi parece que debia ser, y me alegro que discurras tan juiciosamente: pero, amigo, no es así por desgracia ¡cosas de España! como querras creer que son muy pocos los Directores de Estudios actuales, que reunan tantos conocimientos, tanta instruccion, tantos méritos, y sobre todo tantos años de practica en la enseñanza como el Sr. Vallejo? ¿como podrás persuadirte que hay en el dia Directores de Estudios, que jamas han visto clase ni aula alguna, sino cuando eran discípulos de ella? que ni un solo dia han desempeñado el ejercicio de la enseñanza? Y mira Cosca, ten presente esta opinion de tu amo el Clérigo Mentor: mientras que el cargo de Directores no recaiga en personas, que hayan encanecido en la enseñanza,

jamas la educación de la juventud estará bien dirijida. A muchos jovencillos literatuelos no les acomodará este mi modo de pensar, y acaso quarran probar lo contrario con razones que lleven visos de verdad; pero amigo lo que es á mí no me convencen, motivo porque me rio de ellas, ási como en otro tiempo se burlaba por la misma causa el venerable Palofox diciendo.

Marques mio, no te asombre
Ria y llore, cuando veo,
Tantos hombres sin empleo,
Tantos empleos sin hombre.

BOLETIN DE NOTICIAS.

Se quejan de Barcelona del mal estado y abandono, en que se encuentra aquella Universidad, de la ineptitud de algunos catedráticos intrusos, y de que aun no se han dado los premios, que se prometieron en los últimos exámenes.

— Del mismo punto dicen al Eco lo siguiente: Tenemos una satisfaccion particular en anunciar al público, que hoy se ha instalado la junta directiva y administrativa de la casa de correccion de esta ciudad. De hoy mas todo lo relativo á esta casa, tan necesario en una poblacion como Barcelona, estará bajo la direccion y gobierno de los señores vocales de esta junta, los cuales se sienten animados de los mas vivos deseos de montar este establecimiento de una manera que haga honor á la capital de Cataluña.

Nosotros hemos reconocido el interior de di-

cha casa, y á la verdad, no podemos menos que mostrarnos satisfechos de lo que en ella hemos presenciado. Allí hemos visto ocupados en diferentes labores á los detenidos y detenidas en salas hastante vastas que van á mejorarse bien pronto. Hemos visto preparativos para el establecimiento de dos escuelas, una de niños y otra de niñas, y para dos patios, uno destinado á los hombres y otro destinado á las mugeres.

Pero lo que mas ha llamado la atencion es una grande cuadra de telares que están para concluirse, donde podrán tejer mas de cien operarios.

Ya dijimos cuando recibimos la primera noticia de este adelanto, introducido por el ayuntamiento actual en la casa de correccion, cuán ventajoso habia de ser para la ciudad de Barcelona, donde andan divagando una infinidad de muchachos y jóvenes extraviados, quienes contenidos acaso en los primeros pasos del vicio y ocupados allá dentro en un oficio ó labor es mas que probable que cuando salgan, se dediquen al trabajo y vivan de él honradamente.

No podemos menos que aplaudir el celo de la corporacion municipal relativamente á la casa de correccion, y desearíamos que no cejase nunca en un empeño que honra sobremanera á sus dignos individuos.

Siga el ayuntamiento creando escuelas, arreglando la casa de correccion y emprendiendo otros trabajos de esta naturaleza, mientras sus detractores pierdan el tiempo murmurando de su conducta. Estas murmuraciones serán de todo

punto infructuosas para el público, mientras que las mejoras positivas que aquella corporacion procura al pueblo barcelones, las puede palpar cualquiera.

— Parece que nuestras hermanas en Cristo las monjas de la Encarnacion de esta corte, están medio amotinadas contra su capellan el Sr. D. Pedro Rico y Amat, que se han negado á obedecerle, que no le han permitido la entrada; dicen que no pueden tener paz ni tranquilidad con el Sr. Rico, que hace una porcion de dias que no confiesa ni comulga &c. El Gefe Político, el Patriarca de las Indias y el Gobierno han tomado parte en el asunto, pero no parece van muy conformes, con lo que acrece la alarma de las monjas, á las que no faltarán adlateres y consejeros que alienten la cizaña, y den lugar á providencias sérias. Deseamos que el Gobierno proceda con pulso en esta materia, que busque el origen de aquellas desavenencias, y que no dé lugar á que con estos desordenes, ó ya se falte en lo mas mínimo al respeto, que toda religiosa debe prestar sumisamente á su superior, ó se consienta que las Religiosas no sean tratadas con todo decoro. Hasta ahora no hemos oido mas que á los contrarios del Sr. Rico: deseamos que hable en su defensa dicho señor,

Editor responsable, A. G. Blanco

MADRID.
Imprenta de Verges, calle de la Greda nº. 7.